

FUENTE DE LOS TRECE CAÑOS Y LAVADERO DE CALAHORRA

Me ha dicho mi abuela que su madre iba a lavar la ropa una vez a la semana al lavadero que había junto a la fuente de los 13 caños.

Su padre tenía una bicicleta a la que le ponía un serón de esparto y en la que acomodaban los cestos para llevar la ropa sucia al lavadero. Lo hacía a menudo mas, a cierta distancia, detrás de la catedral, se los dejaba a ella y se iba a sus quehaceres. No estaba bien visto que un hombre ayudara en esas tareas.

No recuerda el nombre del cesterero que vendía todos esos elementos hechos a mano, pero sí recuerda que eran de caña y los cubrían con una sábana blanca para que no se estropeará la ropa. También había cestos de mimbre pero la mimbre secaba peor porque la ropa no volvía seca del todo del lavadero. Bajaba más gente de San Andrés a lavar la ropa y allí también había lavanderas profesionales que lavaban la ropa a quién no podía o a quién pagaba bien. Era un acontecimiento social semanal y muy divertido. Allí se hablaba de todo, no hacía falta periódico, solo escuchar a las mayores que por allí lavaban. Tanto los amoríos como los últimos preparativos para fiestas eran presentados en sociedad. A mi bisabuela lo que le gustaban eran las cancioncillas que entre tanto y tanto se cantaban durante ese trabajo tan duro. Una de ellas decía así:

- ¡¡¡¡Ahí va la Sinda por agua a la fuente, ahí va la Sinda por agua a la fuente!!!!

El jabón se llevaba en la cesta y lo hacían en casa. Se hacía con aceite de cocinar muy usado o con manteca de cerdo al que se le añadía sosa y agua. Un jarrillo especial de lata era la medida para ello. Más bien una lata reciclada era la medida para hacer el jabón.

Mi abuela se divertía mucho, le contaron, mientras esperaba que se secase la ropa extendida sobre las piedras. Pesaba mucho para subirla mojada y ella y su madre hacían tiempo. Ella saltaba de lado a lado del lavadero si no había mucha gente, claro. De tanto en tanto jugaba con el jabón y se le escapaba por el surco de piedra arrastrado por el agua. Tenía que correr delante y detrás de él: ¡Ella siempre acababa mojada en mitad de la fuente!

Y su madre y su padre (que pasaba a recogerlas por casualidad), la subían a casa medio seca... como la ropa.

